

Viaje a Oriente en busca de la verdad

★ *A medida que se avanza en la lectura del último Koestler (*), se le va restando significación y confianza, pero hay una condición que no puede negársele: la de ser divertido, en el grado más alto y continuo. Los libros de viajes han sufrido una competencia desleal de parte del cine y del periodismo, pero todavía hay algunos que evocan la gracia, el humor y la amenidad crítica de los Reisebilder donde Heine echó las bases de la forma moderna del género. El loto y el robot de Arthur Koestler es uno de ellos, y la condición ingeniosa, anecdótica y pintoresca que distingue esta recorrida por el Oriente debe destacarse, aunque más no sea que para compensar la perplejidad y la desazón que provocan la actitud del autor. Muchos de sus fieles lectores, los que se precipitaban sobre El Yogui y el Comisario y Oscuridad a mediodía, encontrarán aquí los temas y las inquietudes primeras de Koestler, pero en un grado tal de inmovilidad y de culto escéptico, de ineficacia para enfocar una acción realizadora, en tal sutil grado de conformismo con el mundo europeo en que se mueve, que podrán interrogarse seriamente sobre si valía la pena una espectacular recorrida literaria e ideológica para llegar a esto. Podrán meditar incluso sobre la quebra vital, dinámica, que se ha producido en la carrera de Koestler, simultáneamente con su salto político, transformándolo en un hombre sin esperanzas. Quizás desde este ángulo podrán asimismo emprender una relectura interpretativa de sus obras anteriores.*

Pero estas constancias no disminuyen el brillo, el ingenio, la escritura humorística y a veces un poco basta, con que encara dos experiencias viajeras —la India y el Japón— insertándolas en un solo proceso de búsqueda que si bien no le deja mucho nuevo entre las manos, le permite reconocerse y situarse en su mundo propio.

"Roma se salvó, en 408 d. de C. —empieza— por tres mil libras de pimienta importadas de la India, que fueron parte del rescate que el senado pagó al godo Alarico; desde entonces, cada vez que se encontró en un callejón sin salida o en un estado de perplejidad, Europa se volvió ansiosamente al país de las especias culinarias y espirituales. ... Viajé por la India y el Japón (en 1958-9) con la actitud del peregrino. Lo mismo que tantos otros antes que yo, me preguntaba si el Oriente tenía alguna respuesta que ofrecer a nuestras perplejidades y a nuestros problemas que estaban en un punto muerto. Elegí esos dos países porque se hallan en los extremos opuestos del espectro: uno es el más ligado a la tradición; el otro es el más "moderno" de los grandes países del Asia. No esperaba encontrar una respuesta ya elaborada, pero anhelaba contemplar la situación del Occidente desde un punto de vista distinto, desde una latitud espiritual diferente".

Por lo tanto fue ese un viaje a Oriente en busca de la sabiduría, casi como réplica al clásico libro chino *Viaje a las regiones occidentales* de donde se extrajo la filosofía budista, y quizás ningún siglo como el presente practicó más esta apelación a la filosofía oriental, el mismo tiempo que el Oriente practica en forma activa la apelación a los productos de la civilización europea occidental. (Mientras los americanos ponen pie en el Japón y transforman su estructura político-cultural, la nueva escuela literaria norteamericana se afilia con entusiasmo al budismo Zen).

Es difícil determinar si Koestler es deshonesto en la descripción de su recorrida; él asegura, repetidas veces, que se esfuerza por comprender, pero podría sospecharse que no ha resistido la tentación de utilizar humorísticamente las notas pintorescas, cosa que, si recordamos su libro *Discernimiento y perspectiva*, estaría probando un previo desapego crítico, impío, a la materia que describe. Así, su llegada a la India se abre con esta frase: "Por error, según me dijeron, habían abierto las cloacas de Bombay antes de que llegara la marea", y de inmediato describe de este modo impersonal su salida al balcón del hotel en la noche: "La primera impresión que tuve de la desierta calle fue la de que, haciendo fuego, un pelotón de soldados había dejado el pavimento sembrado de cadáveres. Los montones inanimados de andrajos y huesos, desnudos salvo las partes cubiertas por un taparrabos, parecían yacer en la posición en que habían caído cuando les alcanzaron las balas. Estaban tendidos en el pavimento, en medio de rojos esputos, excrementos de perro y una indefinible inmundicia. Pero la idea de un pelotón que había hecho fuego no se ajustaba a la realidad, pues en las calles no reinaba ninguna atmósfera de heroísmo. Había en ella un aire de resignación parecido al que trasuntan esos aguajertes de ciudades medievales presas de la peste. Yo había leído que de los tres millones y medio de almas que representan la población total de Bombay, setecientos mil personas duermen en las calles; pero éstas eran cifras abstractas y las estadísticas ni sudan ni huelen".

Más grave es la sensación de que ni siquiera intenta reflejar equilibradamente la totalidad del país en sus esfuerzos sociales y económicos, sino que se centra al estudio de la "filosofía" (o la *philousia*) india en algunas figuras que acomete con individualizado espíritu burlesco. Todavía se salva Vinoba, cuya personalidad parece imponerse sobre el espíritu crítico del viajero, aunque no deja de registrar el fracaso de su intento para distribuir tierras pidiéndolas en donación a quienes las poseen: "Vinoba se había propuesto obtener 50 millones de acres de tierra cultivable en cinco años; había obtenido menos de cuatro millones en nueve años y sólo una parte había podido distribuirse". Pero de otras figuras la versión es cáustica: Krishna Menon At-

mananda es pintado dentro del más puro galimatías; Anandamayee Ma, la madre, y su discípulo Bhajji (a quienes llama "La santa y su payaso") es un fragmento desopilante, de una gracia castrada bajo una apariencia de objetividad casi académica; es el grotesco donde se ridiculiza la presunta filosofía hindú, pero podría pensarse que es fácil hacer lo mismo de la filosofía cristiana a partir de la Madre María. Al mismo espíritu responde su largo capítulo sobre el yoga: Koestler tuvo la desdicha, o la buscada suerte, de encontrarse con los curanderos más desaprensivos y se dedica con fruición a contar sus aventuras, así como a comprobar la inverosimilitud de la mayoría de las experiencias yoguis.

¿Y Nehru? ¿Y la nueva India? Koestler no la describe, sino que la juzga en su último capítulo, de modo terminante: "Las medidas sociales y económicas que Nehru y sus colaboradores aplicaron durante estos primeros diez años deshicieron la estructura tradicional de la sociedad y minaron sus valores, pero no suministraron otros sustitutos convincentes. No lograron sacar a los trescientos millones de campesinos indios de su "apatía protoplasmática". A la breve euforia de después de la independencia siguieron el desencanto, la frustración y el cinismo. La Nueva Delhi de Le Corbusier, de las oficinas del gobierno y de los departamentos planificadores, tiene cierto aire irreal, como si sus legisladores, políticos y autores de planes quinquenales vivieran en otro batoscopio de aire acondicionado, en un hermético mundo de abstracciones, clisés y resoluciones teóricas, inspiradas por buenos deseos. El resultado es una pseudodemocracia en un vacío político". De ahí que aconseje, siguiendo la línea de Gandhi y Vinoba, una "indocraclía".

La India permite el aguafuerte grotesco. El Japón, la posibilidad del dibujo humorístico, la mezcla disparatada de una lotolandia con una robotlandia: millones de hombres con radios a transistor en la mano se mueven por una ciudad como Tokio (nueve millones) donde ni una sola calle tiene nombre o número; han disminuido drásticamente el índice de natalidad estableciendo el derecho al aborto —con sus graves perjuicios— y utilizan un idioma impenetrable con un sistema de escritura que, para Koestler, tiene como fin preservarlos en la vaguedad ambicionada. Los jardines en miniatura, la enseñanza del inglés, el uso de las comodidades occidentales, las formas de la cortesía, todo da lugar a la nota pintoresca, aunque con una dosis de simpatía que el autor no demuestra por la India, y con un permanente acierto de hilaridad.

Después de un análisis de la literatura japonesa (o "Las comodidades de la ambigüedad" que habrían hecho las delicias de James) tratando de probar que "la moderna prosa japonesa está regida por los principios del patinaje verbal", con una divertidísima historia en el seno del PEN Club japonés —único país del mundo que se toma en serio al PEN Club— Koestler acomete la más libre inoportunidad anallizando con los ojos de la lógica occidental "El camino del Zen" que, como era previsible, le da oportunidad para un juego interpretativo bastante facilongo e inocuo en definitiva.

¿Qué de raro que pueda concluir así su libro: "Los lirios que se marchitan huelen mucho peor que la cizaña; la India y el Japón parecen espiritualmente más enfermos, más alejados de un credo vivo que el Occidente". "De manera que volví más empobrecido que enriquecido. Sentí que me habían puesto en mi lugar... y que mi lugar era Europa" y de ahí sale a una exaltación de la labor histórica de la cultura occidental, de la integración orgánica de sus elementos disímiles, en virtud de la cual "el logos se hizo carne". Muy probablemente tiene razón Koestler o, en todo caso, su condicionamiento explica su elección, como también el éxito de la cultura occidental explica sus valores mundiales. Con sutileza advierte Koestler: "De la misma raíz sánscrita —matr— derivaron dos palabras claves: maya y metron, que simbolizan esa división. Maya, tanto en el hinduismo como en el budismo, es el símbolo de una actitud que considera la naturaleza como un velo de ilusiones; metron —medida— anunció el comienzo de la gran aventura europea, que en los dos mil años siguientes iba a transformar al género humano más radicalmente que los anteriores doscientos mil años". Es verdad, aunque un hombre de Occidente, llamado Sófocles, ya dejó dicho: "cuidémonos de llamar feliz a un hombre antes de que haya franqueado el término de su vida sin haber sufrido un pesar". Pero ese mundo occidental que Koestler termina por descubrir como suyo y como el mejor es presentado al mismo tiempo en un estado de enfermedad y con una parálisis inquietante. Su crítica del Oriente se hace a partir de una tradición occidental, obra de antepasados: ¿qué pone él de permanentemente activo en ese camino? Crítica el impacto de la cultura norteamericana sobre el Japón, pero al mismo tiempo reconoce la incapacidad de una "democracia occidental" para la situación de la India, y, desde luego, el camino de la occidentalización en el tipo China le resulta condenable también. Es legítimo que un hombre de la periferia cultural de Occidente pueda decirle: Regocijarse en su propio pasado es cosa muy atendible pero que a nosotros no nos sirve de nada. Si Occidente jugó la carta de la eficacia, en la medida en que husquemos la eficacia la jugaremos, a sabiendas de lo que podemos perder, porque en todo juego se gana y se pierde. Los cincuenta años de la experiencia japonesa, los quince de India y de China no son tiempo suficiente para medir un proceso que llevó milenios en Europa, ni para saber si la fecundación occidental de las culturas propias es estéril o altamente productiva. En el Egeo, por el mil antes de Cristo, se produjo una fecundación en sentido inverso, que tuvo una descendencia de la cual Ud. es bisnieto. A. R.



(*) ARTHUR KOESTLER: *El loto y el robot*. Buenos Aires, Emecé, 1963. 279 ps. (Trad. de Alberto Luis Bizio).